

SECCIÓN DE ANUNCIOS

EL ECO DE LA VERDAD

DIARIO DE LA MAÑANA

Periódico político independiente de intereses morales y materiales.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

EN AVILA un mes.	1'25	pesetas
Trimestre.	3'50	ídem
Fuera de la capital, trimestre..	4	ídem

Anuncios á una columna, á 10 céntimos línea; comunicados á precios convencionales.—Los anuncios pagarán como impuesto, con arreglo á la nueva ley del Timbre, 10 céntimos por inserción.

PAGO ADELANTADO.—Este periódico, verdaderamente independiente, se ocupa con preferencia en la defensa de los intereses de la provincia y de la agricultura y ganadería, hoy, desgraciadamente, tan abandonadas por quienes debieran darlas mayor protección.

Redacción y Administración, Tomás Pérez 14.

En dicho punto se halla establecido el

CENTRO GESTOR DE NEGOCIOS

DE DON CAYETANO GONZALEZ HERNANDEZ

Esta casa que cuenta con Establecimiento tipográfico montado con los últimos adelantos, se encarga de cuantas impresiones se la confien, ya sean ordinarias ó de lujo, así como de toda clase de encuadernaciones, á precios muy económicos.

Los señores Secretarios de Ayuntamientos y Juzgados municipales, encontrarán en este Establecimiento cuantos impresos necesiten en sus respectivas oficinas á los módicos precios que se indican en el catálogo publicado y repartido, haciéndose á gusto del cliente cuantos modelos se le encarguen, ya sean oficiales ó particulares.

Especialidad en tarjetas, facturas, membretes, esquelas de funeral y obras de todas clases.

TOMÁS PÉREZ, 14, ÁVILA

Se oía un ruido de pasos, y no podía ser otra la persona más que Rosa.

Así era.

—¡Ella!—murmuró

En efecto; Rosa se marchaba apresuradamente, dirigiéndose á la granja de los Rosales, donde creía encontrar á la pobre Verónica muy enferma, moribunda quizá.

—Cuando solo le faltaban unos cuantos pasos para llegar á donde estaba Sergio, éste se colocó delante de ella.

—¡Ángel querido!—exclamó.—¡Al fin!...

Rosa, estupefacta, se detuvo de repente, y al reconocer la voz de su perseguidor, dió un grito de espanto.

Sergio se adelantó y la cogió el brazo, que en vano trataba de hacerle soltar, porque el miedo la tenía paralizada.

—Caballero...—murmuró—le suplico á Vd. que no me detenga... déjeme ir... déjeme Vd.

—¡Dejarla á Vd.! ¡No soy tan tonto!—replicó Sergio.—La idolatro á Vd... ya lo sabe Vd..., y tampoco yo le soy á Vd. indiferente. En una palabra, experimentamos uno por otro algo que es mutuo, y creo que ha llegado el momento de confesárselo á usted... ¡La haré á Vd. dichosa, ángel mío! ¡Sígame Vd.!...

—Caballero—contestó la joven,—en nombre del cielo, le repito á Vd. que me deje pasar... Lo que hace Vd. al determe, aunque solo sea unos cuantos minutos, puede tener graves consecuencias... una enferma... una moribunda tal vez me espera con ansiedad á pocos pasos de aquí...

—¡Tatalaralá!—le interrumpió Sergio—ya hablaremos de eso, ángel mío. Por ahora lo importante es que me siga Vd. bien á bien, cosa que despues de todo no es más que lo que está usted deseando.

Y Sergio, queriendo acabar de una vez, la cogió para hacerla ir por fuerza á la berlina.

—¡Socorro, socorro, favor!

Los gritos de Rosa impidieron á Sergio oír el ruido de unos pasos precipitados, y en el momento en que precisamente iba á llegar á la portezuela de la berlina que Andrés tenía abierta, un terror pánico le dejó clavado en el sitio sin movimiento al sentir

que una mano vigorosa le retenía rudamente por el hombro, al mismo tiempo que á derecha ó izquierda se le aparecían dos hombres.

—Señor de Kourawieff—dijo uno de ellos en voz baja,—es usted el mas indigno de los cobardes, y aun cuando ya debía usted saberlo, me complazco en recordárselo á Vd.

Rosa dió un grito; pero no de terror; sino de júbilo, porque había conocido á René que acompañado del vizconde de Tourbey, era el que tenía cogido á Sergio por el cuello y le sacudia con violencia.

—¡Ah! pero no... vaya... Tenga Vd. cuidado... que me está usted estrangulando...

—Y lo merece Vd.—replicó el vizconde.

—Es decir qué—replicó René—ha tendido un lazo infame á esta señorita.

—¿Un lazo?—repitió la joven estupefacta.

—Sí; este miserable la estaba esperando á Vd. en este sitio á donde la había atraído no sé por medio de que maquinación infame.

—Se equivoca Vd.—le interrumpió Rosa.

—No; no me equivoco.

—He recibido un telegrama esta tarde...

—¿De quién?

—De la pobre Verónica, que está mala, muy mala, y que me llama y quiere verme.

—Pues bien; ese telégrama es una falsedad—exclamo el vizconde.—Es una añagaza de ese mal caballero para obligarla á Vd. á pasar por aquí, donde la estaba Vd. acechando...

—Una estratajema, una sencilla estratajema, amigos míos—balbuceó Sergio, á quien René seguía zarandeando.

—¡Diga Vd. una cobardía, una infamia, una emboscada!

—¡Una emboscada!—replicó Kourawieff.—Vamos... vamos, no hay que exagerar tanto, que no somos ninguno de los tres ángeles y hay cosas que son disculpables y fáciles de comprender. El mismo vizconde, que ahora se la echaba de moral y me predicaba virtud, debía estar enterado de la cosa, cuando me prestaba su coche y su pabellon. Y no debía haberle á Vd. dicho una pala-